



SER
FUEGO DE
DRAGÓN

El árbol de las flores negras / III

Marc Ramos

I

No iba a ser una tarea fácil, nada fácil. En su cinto amarillento colgaba la jugada maestra de su amo, «la noche eterna», una poderosa maldición usada desde tiempos remotos para sumir a humanos en la permanente penumbra y tristeza.

Debía penetrar en la fortaleza de la Orden del Bien a plena luz del día sin ser visto. Debía evitar caminos y zonas abiertas, ya que durante aquellos días era probable que los magos las transitaran más que de costumbre. ¿Serían los árboles suficientemente frondosos como para ocultarlo en las alturas? Quizás si tuviera la suerte de que apareciera un grupo de aves migratorias en el que camuflarse...

Ratón Informador elucubró que, si llegaba a las montañas frías desde las zonas áridas y calientes de Kelenzal, no tendría que sobrevolar el Cañón Helado o la arboleda negra. Sería prudente evitar las rutas al norte de Crossfaith, pues solamente había viñedos y verdes prados desde los que sería fácilmente avistado. Viajar por Lobos sería una buena opción, aunque seguramente los grandes árboles sentirían su presencia...

Una vez llegara a la Orden, debía moverse por las sombras sin hacer ningún ruido. Sus víctimas aguardaban en los salientes de los torreones y en las cavidades construidas en las murallas. Maldecirlas sería de lo más sencillo, pues se mantenían estáticas, con la mirada fija y las facciones relajadas, imperturbables en su sueño diurno. El objetivo escogido por el Mal eran seres poderosos y temibles, aunque vulnerables durante el día: se trataba de las gárgolas de la fortaleza. Bajo el embrujo, serían incapaces de descansar, se volverían locas e histéricas y el pánico cundiría entre las paredes de la prisión de los Montes Helados. Todos se preguntarían qué estaba pasando sin poder encontrar respuesta. Además, con Haigol debilitado tras haber sido prisionero en el templo Kelen, no serían capaces de restaurar la normalidad antes de que el caos allí fuera total. Sería una gran victoria para la Orden del Mal. Su amo estaría muy orgulloso de él.

Los trapos que envolvían su escuálido cuerpo ondeaban mientras planeaba sobre los Altos Lobos del ancestral bosque. Los grandiosos árboles de la región de Lobos agitaban sus ramas con furia al sentir su estela, pues de ella se desprendían llantos y desdicha, miedos y pesadillas. Aunque lo que más pesaba eran los crímenes. La estela de todo Animal Informador cargaba con la información y experiencias que habían acumulado a lo largo de su vida y le acompañaban siempre, como una sombra, allá donde su amo requiriera. Sí, así era la desgraciada y solitaria vida de un Animal Informador; sólo debía comunicar, debía escuchar, debía observar y debía obedecer. No era más que un siervo, no era más que un instrumento. Eran concebidos para cumplir las órdenes de su amo.

Pero aquello iba a cambiar, y todo gracias a la iniciativa de Ratón Informador. Esa misión iba más allá de sus obligaciones,

era una prueba. Se iba a esforzar al máximo. Ya había demostrado su valía en Forbbings, cuando condujo a Larry al sendero oscuro del Bosque Gris mediante un muñeco de paja y una más que creíble interpretación. También en el Bosque de Lobos, cuando convenció a Donald de huir de los engaños de Haigol y abandonar la misión... Aunque luego el estúpido mago Jowell lo echara a perder, aquello todavía contaba.

Sentía que iba camino de la coronación, que sería recordado como el ejecutor del plan maestro de Korihor el Mudo y que, en la Orden del Mal, su nombre prevalecería. Su nombre, sí, representaría el inicio de una nueva era donde los siervos del Mal podrían ser enviados a misiones más importantes y necesarias. Llevando a cabo aquella empresa, culminándola con éxito, marcaría un antes y un después. Los esbirros, los vasallos, los esclavos, los subyugados, los animales informadores, se lo deberían a él y por eso su nombre sobreviviría más allá de él mismo: Ratón Informador.

Siguió volando rumbo norte mientras intentaba no jugar más con esos caprichosos pensamientos e incertidumbres. Más allá del linde del Bosque de Lobos aparecieron las cumbres nevadas que, aun siendo verano, permanecían en un invierno perpetuo. Sus orejas titilaban al viento. El frasco producía un eco metálico al chocar con la hebilla del cinturón. Vio el acceso de las sombras, un paso estrecho y confundido en la ladera de la montaña escarpada. Más allá del acceso, cruzando aquel pasadizo natural que muy pocos conocían, encontraría la sede de la Orden del Bien sin dificultades. Se cercioró de que los caminos estuviesen despejados y miró al cielo en busca de aves migratorias. Todo parecía tranquilo. Se relamió y estiró las alas para relajarse. Apenas sentía el frío.

* * *

Las trompetas de las torres de guardia sonaron y los ciudadanos salieron a las calles para celebrar la llegada de los polvos de fuego de dragón. Se veían caras sonrientes y se oían carcajadas en cada rincón de la ciudad. La gente se reunió para contemplar los Naravas cruzando la calle mayor y subiendo por las empedradas vías que conducían a la fortaleza. Reflejos dorados surgían de su interior, causando algún que otro destello puntual. El anuncio algunos días antes de su llegada ya había preparado a los vecinos y vecinas de la ciudad para que no se llevaran una sorpresa y se asustaran. Custodiadas por los cíclopes y parte del ejército de magos de los Montes Lejanos, las tinajas transitaban a paso lento rumbo a su destino ante las curiosas miradas de los hombres y mujeres de Forbbings y Volion. En sus ojos podía verse su esperanza en un futuro mejor. La cabalgata duró hasta bien entrada la tarde y, al finalizar la misma, el rey Edward explicó a los súbditos congregados bajo el balcón, en el gran patio real de la fortaleza de Volion, cómo iba a ayudar aquel fantástico artefacto a luchar contra el enemigo.

—Los magos han traído este nuevo elemento de su mundo escondido. Esto simboliza el compromiso que ellos tienen con nuestra seguridad y representa un gran avance contra la sombra que nos acecha. Estamos preparados, el miedo ya no es bienvenido en nuestras vidas, debemos dejarlo marchar ante esta nueva luz de esperanza almacenada en grandes tinajas. Su poder es tan grande que podría destruir cualquier cosa, así que será guardada y custodiada con máximo cuidado. Agradecemos la gran labor que han hecho y honremos a nuestros mártires en esta guerra anunciada, ¡pero jamás perdida!

Otro acontecimiento que había sido celebrado en aquella jornada en la ciudad fue el regreso del único humano dentro de la comitiva portadora de los polvos de fuego de dragón, Ronald Palmer.

Su llegada fue vitoreada por todos sus amigos y conocidos. Todos quisieron acercarse a él para darle un fuerte abrazo, todos le sonrieron y dieron las gracias por poder verle sano y salvo. Estaban ansiosos por escuchar sus aventuras y vivencias en aquel viaje; no obstante, el campesino estaba muy cansado después del largo viaje y debía atender a otras obligaciones. Ya tendrían tiempo para ponerse al día.

Al llegar a la zona noble, Ron fue recibido por aquel que veló por su seguridad en la fortaleza de Las Minas, su entonces ya amigo Matthew Mappertson. Él también estuvo muy contento por verle de nuevo y le acompañó hasta la sala donde le aguardaba el mismo rey Edward. El monarca estaba en su despacho en el castillo, atareado con la organización de los eventos de aquella jornada junto a sus consejeros y sirvientes; no obstante, cuando el campesino entró en la sala acompañado de Matthew, detuvo su pluma con la que escribía el discurso que daría cuando tuviera que presentar los polvos de fuego de dragón y le miró con una sonrisa.

—Joven, este pueblo está en deuda contigo —dijo, levantándose y dirigiéndose hacia el joven campesino—. ¿Cómo está Donald?

—Bien, señor. Las cosas se han complicado bastante, pero sigue adelante y hará lo que sea para cumplir su misión.

—Desde luego que sí —contestó Edward, con una sombra de preocupación en la mirada—. Deberá sortear muchas dificultades en su camino, pero el mago lo estará guiando bien.

Estoy seguro de que estás muy cansado y, como puedes ver, nosotros tenemos mucho trabajo, pues hoy es un gran día y todo debe ir bien. Quiero que goces de todas las comodidades que quieras, hijo, te lo has ganado. Matthew, muéstrele las nuevas casas junto al arroyo, son preciosas. Dele a escoger una y que no le falte de nada.

El mago Mirt, de la Orden del Bien en Kelenzal, se presentó en el despacho y, cuando vio a Ronald, se detuvo en seco.

—Tú debes de ser Ron Palmer, ¡un honor! Soy el mago Mirt, ¡bienvenido a Volion! —exclamó Mirt. Se dirigió al monarca, sonriente—. Estoy ansioso por empezar con las pruebas del polvo de fuego de dragón, señor. Hay que mantenerlo en un lugar seguro y aislado pues es un material muy peligroso. Es volátil y podría causar problemas de no cercior... cercio... asegurarnos — Mirt titubeó unos instantes— de su correcta supervisión. Será sin duda nuestra mejor arma contra las fuerzas enemigas, si podemos controlarlo y usarlo a nuestro favor.

—Por supuesto, mago —contestó Edward—. Puedes retirarte, Matthew. Ronald, de nuevo, gracias —. El consejero abandonó la sala, indicando a Ronald que le acompañase—. Nos aseguraremos de que todo esté tal y como ordenéis los magos. Estamos en vuestras manos. Ahora, debo dirigirme al pueblo.

En el ocaso de aquella jornada festiva, Mirt y sus discípulos ayudaron a los demás magos de los Montes Lejanos a transportar las Naravas en unas naves especialmente construidas para guardarlas hasta la llegada del dragón azul. Los cíclopes ayudarían a los herreros reales, magos y a expertos en materiales pesados de Las Minas a instalar las medidas de seguridad pertinentes. Debían construirse cámaras aisladas y acorazadas que

soportaran el calor que aquella gran fuente de energía generaba. Mirt quería planificar con el general Woosk de la Corte de Forbbings entrenamientos específicos para los guerreros con las armas de fuego de dragón, mientras que Marklar, Klara, Yeral y Selrak, los jóvenes magos que acompañaban a Mirt, deberían llevar el mensaje de alarma a la ciudad que se encontraba al otro lado de los Montes Escarpe.

Aquella noche era momento para el esparcimiento y la diversión. Así pues, se organizó un baile real en la zona noble, donde la orquesta de música tocó melodías encantadoras y elegantes para el disfrute de las clases altas. Allí también sirvieron bebida y entremeses deliciosos, todos elaborados para el mayor disfrute y para delicados paladares acostumbrados al alto nivel culinario que pocos tenían el derecho a saborear. A continuación, todos se sentaron en el comedor principal para degustar un exquisito plato de carne a la parrilla con patatas, seguido de un salteado de verduras con pescado. Y, finalmente, la cena fue coronada con un postre de lo más exquisito, una masa suave de bizcocho con nata, crema de nueces y frutas silvestres seleccionadas, tales como moras, fresas, arándanos y grosellas, parte de las cuales se servía también como bebida. El sastre real iba paseándose libremente por la recepción, observando los conjuntos de cada individuo, con las cejas arqueadas y con un pergamino donde anotaba algunas ideas para elaborar nuevas prendas para su majestad. Se respiraba el sabroso aroma de los manjares mezclado con la sofisticación que se desprendía de los perfumes de los asistentes; Volion se vistió aquella noche con sus mejores galas, impregnó con el perfume afrutado de la fiesta sus calles más nobles y coloreó con su magia las grises penas y preocupaciones de los más favorecidos.

Pero no solo ellos fueron los que se divirtieron y olvidaron sus angustias bajo la luna en cuarto menguante de aquel crepúsculo. En la Plaza del Templo, se organizó también una gran celebración con música, fuego y danza. Decoraron las calles con la destreza digna de una fiesta grande. Engalanaron los árboles de la calle mayor con cintas de colores vivos y alegres, repartieron golosinas de frutas a los niños, que correteaban arriba y abajo sin parar, enérgicamente, ante la mirada sonriente y plácida de los mayores. Y todos parecían haber olvidado lo ocurrido en Forbbings, todos creían en un futuro mejor y se sentían más fuertes. La dureza de la situación, la crueldad con la que el destino les había robado todo lo que tenían, les había hecho apreciar y agradecer su situación actual, ya que habían luchado para conseguir huir de la sombra y lo habían logrado. Aprendieron a mirar al frente y a no llorar más por el pasado. Los aldeanos y aldeanas de Forbbings disfrutaban del presente, gozaban de lo que tenían y de aquellos a los que querían. Y aquella fiesta quizás no fue tan portentosa y exuberante como la que se estaba celebrando en la zona noble, pero los participantes estaban disfrutando quizás más con la compañía de sus seres queridos que los aristócratas degustando aquellos delicados y suculentos manjares.

Y mientras el bullicio de la música y el jolgorio colectivo de la Plaza del Templo seguían irradiando grandes cantidades de felicidad en Volion, Ronald Palmer, el joven campesino, bajaba a caballo por las calles de la ciudad llevando consigo algunas delicias que había cogido del banquete real. Alzó la vista al cielo nocturno y frunció el ceño al ver la inoportuna presencia de una nube ocultando a la luna que hubiese querido contemplar entonces mientras su caballo giraba por la calle en la que se

despidiera de sus amigos anteriormente. Allí mismo se iba a reencontrar con ellos.

Cuando abrió las puertas del Madrugador Proverbial, todos se giraron y comenzaron a corear su nombre. El pueblo llano alzaba la jarra en su honor y le saludaba con respeto y gratitud. Tomó asiento cerca de sus amigos y Beerton le llevó con rapidez una de sus mejores cervezas artesanas. Sus amigos se sentaron a su alrededor, con cientos de preguntas en su cabeza y un brillo en los ojos.

—¿Sabes una cosa, chico? —dijo Joe Quinton, sosteniendo su pipa—. Ha sido muy extraño verte entrar solo.

—Sí, todos echamos de menos a Donald —contestó Ron, observando las caras de cada uno de ellos. Joe apenas había cambiado, el viejo conservaba su expresión de clara seguridad y de severa experiencia. Henry y Bárbara parecían ilusionados, hacían una pareja entrañable; él se había dejado crecer bigote y parecía más maduro, y Bárbara estaba especialmente elegante. Tom estaba sobrio y tenía un temperamento más confiado y serio, mientras que Vincent parecía nervioso y sudaba, aunque el campesino en el fondo se alegraba del regreso de Ronald—. Las últimas palabras que me dijo fueron dirigidas a vosotros —prosiguió—, ya que fue vuestro recuerdo lo que nos dio más fuerzas y ánimos para seguir adelante.

Durante el resto de la noche, Ron explicó algunos de los detalles más relevantes de toda la aventura que vivió con Donald, las dificultades que pasaron, los personajes que conocieron y los lugares que visitaron. Todos estaban encantados de escuchar toda la historia, aunque el campesino fue incapaz de relatar con precisión todo lo que ocurrió. Joe Quinton, que aquella vez era un espectador más, apoyaba las manos en su bastón, escuchando

atentamente y disfrutando como el que más, intentando ver con imágenes lo que las palabras de Ron decían. Aquel campesino, que jamás había salido de la urbe y las tierras colindantes de Forbbings, había vivido una gran aventura; de todo aprendió valiosas lecciones y su visión del mundo se expandió. Pasó de las profundas y ardientes cavernas en Las Minas a cabalgar durante días bajo una lluvia incesante. De huir de los Lobos había pasado a enfrentarse a bestias peores. Se había adentrado en lugares donde nadie antes había osado asomarse y encontrado en su interior criaturas y plantas que desafiaban a su imaginación. Había aprendido las más valiosas lecciones de magos, generales, madres y amigos. El joven campesino sentía su corazón latir de un modo distinto. Marcaba un compás nuevo y emocionante y todos lo notaban; lo veían en su nueva manera de hablar, de caminar, de mirar.

Fue una velada magnífica que quedaría marcada en la memoria de todos para siempre.

Pero la alegría tardaría muy poco en esfumarse en la ciudad de Volion. Unos días más tarde, Dragón Informador se presentó en la sala de juntas del castillo para llevar una terrible noticia. Pese a lograr rescatar a un torturado y moribundo Haigol de la sede del Mal en el Templo de Kelen, Jowell y Donald habían llegado tarde para poder salvar a Helen Talonne. El grácil insecto volador anunció compungido que la madre de Donald había sido ejecutada ante los ojos del campesino. Acto seguido, Dragón Informador fue a ver a Ron en su nueva casa, quien recibió esa misma noticia con gran pena. Aquella misma noche, Ron reunió a sus amigos en el Madrugador Proverbial para honrar el recuerdo de Helen. Todos brindaron por la mujer que una vez residió en Forbbings y también en sus corazones. Por las mejillas de Joe

Quinton, quien la había conocido de cerca, resbalaron lágrimas de tristeza y horror: de tristeza por no haber podido ver de nuevo a su amiga del sendero fangoso y de horror por lo que supone no poder escapar de las garras del Mal. Al día siguiente, Ronald se inscribió voluntariamente al ejército de Volion. Quería seguir luchando por los que quería y por mantener la paz dentro de aquellas tierras. Se presentó ante el general Woosk quien, con orgullo y admiración, aceptó al joven entre sus filas. Aquel viaje, que tan lejos le había llevado, le había hecho caer en la cuenta de lo mucho que le importaban los suyos y estaba dispuesto a seguir entrenando duro por aquellos a quien quería y a no perder a ni uno más. También estaba triste por la situación tan dramática en la que se encontraría el general Dusk. Stanley Maust y su pequeña patrulla de búsqueda habían regresado a los pocos días sin haber encontrado al general, que según el Animal Informador había caído en combate defendiendo a Helen.

A partir de entonces comenzó una nueva vida, cambió los harapos viejos y gastados y los zapatos rotos que vestía para trabajar en los campos por ropas pesadas y resistentes, de metal, acomodadas sobre un conjunto tejido de mallas gruesas; abandonó sus utensilios de campesino, tales como la hoz y la cesta con la que recogía los frutos de la tierra, por el hacha y el escudo con los que se entrenaría duramente bajo el mando del general Woosk.